

# REVISTA MODERNA

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO IV = BOGOTÁ, AGOSTO 28 DE 1916 = N.º 28

*Mineralogía*

## LOS MINERALES DE COBRE EN COLOMBIA

**A**NTES de estallar el conflicto europeo habían alcanzado los minerales de cobre precio halagador en los mercados europeos, en virtud de ser un mineral irremplazable en los aparatos eléctricos (por la poca resistencia que opone al paso de la corriente) y del amplio campo que se abrió a la electricidad industrial desde que se puso en práctica el transporte de la energía a grandes distancias. Por otra parte, los inmensos progresos realizados en la metalurgia con la introducción de los procedimientos electrolíticos, que permiten beneficiar económicamente hasta los minerales más refractarios, han hecho adquirir grande importancia al comercio de los minerales de cobre.

Durante la guerra, el gasto de cobre ha sido mucho mayor de lo que la imaginación puede concebir: se han reemplazado los conductores eléctricos por otros de ciertas aleaciones metálicas: se han llevado a las fundiciones los utensilios de menaje; en fin, se ha perseguido el cobre en dondequiera que se le encuentra, con el fin de no carecer de un elemento, del cual puede depender en un momento dado la suerte de las naciones.

Por estos motivos y por otros que no es del caso enumerar, muchas de las minas que antes se consideraban como inexplorables pueden dar hoy rendimiento considerable, y los minerales de cobre son solicitados con verdadera avidez por aquellos que desean colocar sus capitales o ejercitar sus energías en empresas de porvenir.

En los últimos años el territorio colombiano ha sido explorado en todas direcciones por los mineros en busca de yacimientos de cobre, y por esa razón escribimos las presentes líneas, que recuerdan y amplían lo que habíamos dicho en la *Revista Nacional de Colombia*, y que tienden a indicar las condiciones petrográficas de las minas de que tenemos noticia. Además, nos proponemos indicar las zonas de nuestro territorio en donde es posible buscar minerales de cobre con probabilidades de buen éxito. Es tiempo de pensar en la explotación de esta clase de minas; es preciso que nos convenzamos de que la riqueza mineral de nuestro territorio no está únicamente en el oro de aluvión; es preciso convenir en que la explotación de minas no es el beneficio de tesoros ocultos, sino una industria como cualquiera otra, en la cual sólo el trabajo asiduo produce riqueza, máxime si se tiene en cuenta el alarmante empobrecimiento de las principales regiones cupríferas de Chile y del Canadá.

Los yacimientos de minerales de cobre en el país son muy variados, pero en lo general pueden clasificarse en un número determinado de grupos, atendiendo a las condiciones petrográficas de la formación y al carácter mineralógico de las minas; cada grupo está caracterizado por una localidad.

1.º Cobre nativo en las pizarras, cuyo tipo es el cobre de Almaguer.

2.º Cobre nativo en nidos en las rocas eruptivas básicas o neutras, característico de Natagaima.

3.º Filones lenticulares de sulfuros, óxidos o carbonatos, a veces con oro a la vista y con otros minerales accidentales. Natagaima.

4.º Filones de sulfuros en las porfiritas, con presencia de la fluorina y la baritina en las gangas o en la roca. Natagaima.

5.º Rocas silíceas impregnadas de sales de cobre, con numerosos clavos de cuprita y de cobre nativo. Natagaima.

6.º Calcopirita, como mineral constitutivo de las rocas intrusivas. Huila.

7.º Calcopirita asociada a la blenda. Dolores.

8.º Cobre gris en filones en los esquistos hornbléndicos o cloríticos. Ibagué.

9.º Pequeñas venas mineralizadas en los esquistos cloríticos. Sumapaz.

10. Filones cuarzosos con calcopirita o bornita en los esquistos metamórficos. Quetame.

11. Filones en las pizarras con ganga de siderita o ankerita. Occidente de Cundinamarca.

12. Nidos de calcopirita en la calcita o en la galena. El Carmen de Carupa. Muzo.

13. Filones en la arenisca. Monquirá.

14. Filones cruzados en las calcáreas negras. Carare.

15. Filones en las rocas cristalinas. Ocaña.

16. Filones en los esquistos arcillosos. Valledupar.

17. Minerales de cobre como elemento accidental en los filones auríferos. Antioquia.

18. Calcopirita en filones delgados en las rocas eruptivas. Cerro Plateado.

Si señalamos las localidades mencionadas en el mapa y las unimos con una línea continua, vemos que, con pocas excepciones, las zonas del cobre en nuestro territorio forman dos líneas en igual orientación, SO a NE; la una, que pasa por el norte de Antioquia, por Ocaña y Valledupar, y la otra, por Huila, Natagaima, Páramo de Dolores y Sumapaz.

Veamos ahora las condiciones en que se presentan los minerales de cobre en las localidades mencionadas.

*Almaguer.*—El cobre se presenta en esta localidad en placas, incrustaciones y arborescencias entre las juntas de exfoliación de las pizarras, como si procediera de una precipitación por vía húmeda; los aluviones procedentes de la disgregación de estas pizarras contienen cobre nativo en lentejuelas y pequeños granos rodados. Pocas investigaciones se han hecho en busca de sulfuros, pero es fácil que se encuentren buenas minas de éstos en las inmediaciones de la localidad mencionada.

*Huila.*—La roca que constituye el núcleo principal de esta grande elevación en masa es, según la relación de distintos viajeros, un granito moderno, intrusivo, a veces rico en anfíbol y que contiene diseminadas numerosas partículas de calcopirita; también se han encontrado filones, masas aisladas y

depósitos de forma diversa de calcopirita y de los productos de su descomposición.

*Natagaima.*—Esta localidad es célebre por sus minerales de cobre, aun cuando su riqueza metalífera no consiste únicamente en este metal, pues su producción en oro no deja de tener importancia. Sin duda alguna, éste vendrá a ser, con el tiempo, uno de los centros mineros de mayor importancia en el país.

La zona minera se extiende desde Ataco hasta el Páramo de Dolores, y cruza por tanto el río Magdalena; sus límites son probablemente los nevados del Huila y de Sumapaz; su anchura se extiende por lo menos hasta el río Saldaña. El terreno cuaternario del llano del Tolima queda dividido en dos porciones: la una que se extiende al sur, hasta Neiva, y la otra al norte, hasta Honda. En las inmediaciones de la región minera, principalmente en la banda oriental del río Magdalena, pueden verse los diferentes pisos del cretaterciario rotos y deslocados por la acción dinámica de la roca eruptiva; los accidentes tectónicos más perceptibles son una gran falta en la banda derecha del Magdalena y una dobladura que hace que el río corra por un valle sinclinal; la acción metamórfica de contacto está muy marcada en algunos sitios, principalmente entre la población de Natagaima y la quebrada de *Nanurco*.

La formación eruptiva consta en tres rocas de composición mineralógica muy semejante, pero con ciertas diferencias de estructura, que influyen notablemente en su aspecto y en sus relaciones con la formación de los minerales metálicos: la una es una roca granular, compuesta esencialmente de ortoclasa, plagioclasa y augita, con epidoto y clorita como elementos accesorios, y que por notarse en ella una cierta inversión en el orden de la cristalización, se puede considerar como una diabasa de grandes elementos (predomina en el cerro de Payandé y en la cuenca del río Anchique); la otra es una porfirita diabásica de grandes cristales de labrador en una pasta angítica (los mineros denominan esta roca *la pecosa*), y la otra es una porfirita diabásica de la misma composición que la anterior, pero en menudos cristales, a veces discernibles únicamente al microscopio, y que se encuentra de ordinario en gran-

des lajas (esta roca se designa entre los mineros con el nombre de *trap*).

En esta última roca y en la diabasa se encuentran con frecuencia nódulos de cobre nativo, redondos, caldeados a la roca y diseminados en ella sin orden alguno. A veces sobre la roca principal reposan masas considerables de crisocola casi pura o de la roca porfídica intensamente impregnada de cobre, con clavos de cobre nativo del tamaño de la cabeza de un alfiler o bien con incrustaciones dendríticas de cuprita; esta curiosa formación se presenta en la parte alta de la hoya del río Anchique.

En la porfirita se encuentra gran número de masas lenticulares de minerales ricos, como calcosina, cuprita, malaquita y azurita, muy a menudo con oro nativo a la vista. Estas masas están caldeadas al respaldo, y sus minerales, por lo regular, no llevan ganga; como suelen ser de una longitud considerable, los mineros las confunden a veces con los verdaderos filones. El mineral que más abunda en estas masas es la calcocina en escamas cristalinas.

En la roca porfídica de pequeños elementos es donde se encuentran los filones bien caracterizados. Predominan en ellos la calcopirita, la bornita o filipsita (cuello de pichón o pavonado) y los carbonatos como producto de la alteración de los minerales principales; frecuentemente el mineral se dispone en zonas paralelas a los respaldos del filón, y estas zonas se desarrollan en algunos puntos de tal suerte que ocupan todo el filón con desaparición de la ganga; rara vez se presenta uno solo de los minerales mencionados; en la mayor parte de los casos el mineral se compone de una asociación de láminas paralelas sumamente delgadas, primero de calcosina, luego de diversas variedades de bornita, y por último, de calcopirita. La ganga es invariablemente de cuarzo, muy rara vez con pequeñas porciones de baritina y fluorina, pues estos minerales son más frecuentes en venas pobres y angostas que cruzan la roca en diversos sentidos. Los urgues son anchos y el lodo que los forma es de un material clorítico con algo de cobre. Los respaldos son bien configurados, lisos y paralelos. Las minas de esta clase contienen plata en cantidad apreciable, y

la bornita contiene una pequeña cantidad de antimonio como elemento mineralizador. En el contacto de la porfirita con las rocas sedimentarias se encuentran también filones, muy descompuestos en los afloramientos, cuyo mineral dominante es la cuprita compacta de aspecto litoide.

En las rocas eruptivas, pero principalmente en la diabasa y en la porfirita, suelen encontrarse venas pobres de fluorina, hilos reticulados de baritina y grandes diques de serpentina; esta serpentina proviene muy probablemente de la alteración de la augita.

Resumiendo las anteriores anotaciones en un cuadro, tenemos:

Rocas.	Minerales.
<i>Diabasa.</i>	Cobre nativo en nidos. Masas litoides con clavos de cobre nativo.
<i>Porfirita. (Pecosa).</i>	Masas lenticulares de calcosina, cuprita, malaquita o azurita, a veces con oro nativo.
<i>Porfirita.</i>	Filones de bornita o calcopirita con ganga cuarzoza.
<i>(Trap).</i>	Zona de contacto. Filones de cuprita.

Como se ve, esta es una región bastante complicada en su petrografía, y no es extraño que se descubran filones de otra clase, sobre todo en la parte alta de la serranía.

*Ataco.*—Las rocas de esta región son las mismas de Natagaima, y además el granito intrusivo de pequeños elementos. Los filones que cruzan las rocas eruptivas son angostos y muy frecuentemente ramificados; el mineral dominante en ellos es la bornita. También se encuentra, pero en localidades muy restringidas, la roca verde impregnada de cobre y con partículas de cobre nativo o de cuprita, de que hemos hablado antes.

*Ibagué.*—Los minerales de cobre que predominan en esta región son los cobres grises en filones en los esquistos hornbléndicos y cloríticos. Se explotan como minerales de oro y plata. Su tenor en cobre alcanza a veces hasta el 20 por 100; los cobres grises del Fresno son mucho más pobres, pues su tenor desciende a veces hasta el 1 por 100.

*Libano.*—Esta región es principalmente aurífera y argentífera; sin embargo, hay unos filones de calcopirita en los esquistos cristalinos.

*Dolores.*—Los minerales de cobre de esta región van siempre asociados a los de cinc y plomo. En algunos sitios se encuentra la calcopirita en fragmentos del tamaño de una almendra, aglomerados por una pasta cristalina de blenda.

*Sumapaz.*—En la vertiente occidental del nevado de este nombre se han encontrado algunas minas de carácter especial: están constituidas por numerosas venas sumamente angostas, de cuarzo con calcopirita o con bornita, que ocupan los planos de exfoliación de los esquistos cloríticos. Hacia la vertiente oriental del nevado se han encontrado verdaderos filones, con ganga cuarzosa que atraviesan los mismos esquistos.

La roca eruptiva de Sumapaz es una propilita cuarzosa: su masa fundamental está formada por pequeñísimas agujas de actinota, que forman un fieltro o que se agrupan perpendicularmente al rededor de los fenocristales, formando coronas; los fenocristales son de plagioclasa y de granos de cuarzo; el granate rojo, en cristales microscópicos dispersos, figura como elemento accidental.

Esta roca ha dislocado profundamente los pisos del cretaterciario superior, que en esta localidad están representados por una arenisca de labor semejante a la de Guadalupe, capas de sílex córneo y una calcárea gris muy compacta con numerosas geodas de cuarzo. Debajo de esta formación vienen los esquistos cloríticos y los filades del antecretáceo.

*Quetame.*—Los llamados por Hettner «esquistos de Quetame», son rocas que han sufrido intenso metamorfismo dinámico y termal, y están constituidas por areniscas muy silíceas, cuarcitas y filades satinadas; a nuestro juicio, hacen parte del terreno denominado antecretáceo.

En estos esquistos se presentan filones cuarzosos con calcopirita y galena; en los páramos orientales de Boyacá y en una formación geológica muy semejante se han encontrado también filones de calcopirita con ganga cuarzosa.

*Occidente de Cundinamarca.*—El terreno cretaterciario inferior ocupa una zona de considerable anchura al occidente

de Cundinamarca; en las pizarras de este terreno se presentan algunos filones cuyos signos distintivos son carencia de urgues, ganga de siderita espática y mineralización en calcopirita; en algunos de ellos (como ocurre en los de Nocaima y Vergara) apenas hay pintas de mineral de cobre, y puede decirse que el filón es íntegramente de siderita; en otros (como en los de La Palma y Paime) abunda la calcopirita, que da un buen rendimiento de metal.

La zona descrita se extiende hasta Muzo y Coper, y quizás más al norte. En el terreno cretaterciario de la vertiente oriental de la cordillera, tanto en Cundinamarca como en Boyacá, se han encontrado yacimientos semejantes.

*Carmen de Carupa.*—En esta localidad se presenta la calcopirita en nódulos en medio de la galena, de la cual hay enormes filones; esta galena está cruzada en todos sentidos por venas de blenda, que a veces toman un desarrollo tal que desaparecen los demás minerales. En la región de Muzo, y en general, en la hoya del río Minero, la calcopirita hace parte de las formaciones esmeraldíferas; se la encuentra en los ceniceros y aun en las vetas, formando parte de la ganga.

*Moniquirá.*—Los yacimientos que explotaba la antigua Compañía inglesa, y que están totalmente agotados, eran unos filones bastante anchos, en la arenisca de labor del cretaterciario superior, con ganga de cuarzo y menas de piritita y calcopirita. Al norte de la población se han encontrado filones sanos de bornita y calcopirita en ganga cuarzosa, que cruzan las areniscas de la región, las cuales ocupan un nivel superior a las calcáreas y pizarras tiernas.

*Bolívar. Carare.*—En la parte alta de las serranías que separan las hoyas del Carare y del Suárez, hacia el occidente de la población de Bolívar y hacia el sudoeste de Vélez, se extiende la región cuprífera, que en esta parte de la cordillera tiene un aspecto especial. La roca encajante es la calcárea negra del cretaterciario inferior en capas horizontales, que por la erosión y el trabajo de los agentes atmosféricos, han tomado formas caprichosas y fantásticas, tales como castilletes, torreones, ruinas y picachos de figuras curiosas que dejan entre ellos un verdadero laberinto de grietas y pasadizos. El



mineral ocupa los lechos de estratificación, y forma capas regulares, desde uno hasta veinte centímetros de espesor.

Las rocas tienen clivajes o juntas casi normales a los lechos de estratificación, y estos planos de junta están también mineralizados, de modo que en ellos se encuentran capas, por lo regular más anchas que las anteriores. En la intersección de los planos se encuentran nidos ricos, algunos de los cuales han producido bloques hasta de una tonelada de peso. Estos filones-capas están caldeados a los respaldos y constituidos por calcopirita pura; en los verticales se encuentra a veces una ganga de siderita y calcita.

Como la disgregación de la roca calcárea es más rápida que la del mineral de cobre, estos filones, en sus crestas o afloramientos, parecen como protuberancias, de formas arrugadas. La descomposición del mineral principia, como es natural, por la superficie, de modo que las masas precedentes de los afloramientos están constituidas por un núcleo de calcopirita envuelto en una corteza de limonita, que contiene, sin embargo, una cierta cantidad de cobre; en el interior del núcleo o en las grietas de la corteza se encuentran pequeñas drusas de malaquita. La ganga, cuando la hay, está compuesta de minerales isomorfos que van en este orden: siderita, ankerita, dolomita, calcita; sin duda éstas son las fases del metamorfismo metasomático de la ganga. Por su posición geológica, por la naturaleza del yacimiento y por los minerales constitutivos, se ve que hay cierta afinidad entre estos yacimientos y los del occidente de Cundinamarca.

La zona de estas minas es muy extensa: ocupa una superficie de varios kilómetros cuadrados, y está comprendida entre la cresta de la serranía y el valle de Cuevas. Más al norte, en una posición geológica idéntica, en la misma roca y con los mismos caracteres de estructura se encuentra la región minera de La Paz y La Aguada. En esta última localidad las calcáreas se encuentran atravesadas en todos sentidos por venas minúsculas de malaquita y azurita que dan a la roca un aspecto especial.

*Ocaña.*—En los terrenos cristalinos de esta localidad, hacia la hoya del Catatumbo, y no lejos de las minas de esta-

ño, se encuentran filones de calcopirita, crisicola y cuprita en ganga cuarzosa. Del mismo tipo son los filones de óxidos y sulfuros que se encuentran en la cordillera de Pamplona.

*Valledupar.*—Ultimamente se han encontrado ricos filones de calcopirita, bornita y calcosina en los esquistos arcillosos que forman los últimos estribos de la Sierra Nevada de Santa Marta y en el declive occidental de las sierras de Motilones y Perijá.

*Cerro plateado.*—En esta masa de granito intrusivo se encuentran numerosas vetas delgadas de calcopirita, que se cruzan y ramifican; también se encuentra este mineral en porciones diseminadas en la roca; la mineralización de esta roca tiene alguna semejanza con la del Huila.

*Antioquia.*—En algunas minas de Antioquia se encuentra la calcopirita como mineral esencial, junto con otros minerales auríferos o argentíferos, principalmente en las minas de las regiones de Amalfi, Urrao, Armenia y Támesis. Para que pueda apreciarse el papel que desempeñan los minerales de cobre en estas minas hacemos una corta descripción de las principales menas en donde se encuentran.

*Clara de La Unión. Amalfi.*—Los respaldos de esta mina están constituidos por una roca traquítica, de color gris verdoso, compuesta de plagioclasas, augita y algunos granos de cuarzo; la roca matriz es esta misma, pero con suma abundancia del cuarzo y tendencias a la desaparición de los feldspatos. Las minas están compuestas de cuarzo lechoso en bandas separadas por delgados lechos de piritita, mispíckel y un material clorítico procedente de la alteración de la augita; en el interior se ven masas de calcopirita, cristales de galena, ya cúbicos, ya octaédricos, y cristales de galena envueltos en calcopirita; el oro reside principalmente en la galena.

*La Córdoba. Segovia.*—Las menas de esta mina están compuestas de cuarzo blanco en bandas, con piritita, blenda y calcopirita.

*Chupadero. Armenia.*—Las menas se componen de cuarzo rojizo por la alteración de las pirititas; en la masa se destacan grandes cristales de cuarzo hialino y pintas de calcopirita.

*La Rica. Tâmesis.*—Cuarzo blanco con cristales de cuarzo hialino; masas relativamente grandes de calcopirita, atravesadas por venas de cobre gris.

Lo dicho basta para dar idea de los minerales de cobre y su distribución geográfica en el territorio colombiano.

RICARDO LLERAS CODAZZI.

*Geog. de Colombia*

## EXPLORACIONES EN LOS ANDES COLOMBIANOS <sup>(1)</sup>

### PITAYÓ

**D**E Jambaló se sigue lentamente por la ribera izquierda del río hasta Pitayó. En el trayecto comienzan a escasear los esquistos y aparecen las grandes moles de granito desnudas de vegetación. La flora cambia también notablemente, marcándose cada vez más la propia de los climas fríos. El arboloco (*Polymnia pyramidalis*) ocupa por sí solo la mayor parte de las vegas del río, formando tupidos bosques.

El aspecto de Pitayó es de lo más desapacible. Situado casi en la cima de la cordillera, está rodeado por elevadas rocas cortadas a pico. La apariencia de la población es ruïnosa; no se ve un alma al pasar por este sitio, que en otro tiempo fue activo centro del comercio de quinas, y cuyo nombre lleva la clase más apreciada en el mercado. De tanta riqueza como produjeron las vecinas montañas, nada quedó en esta población, que hoy está en completa decadencia. Destruída la industria quínera, las poblaciones de Tierradentro no supieron aprovechar los elementos de desarrollo que ella les llevó.

(1) Véase la entrega número 15 de REVISTA MODERNA (1.º de febrero de 1916.)

Pitayó es una magnífica posición estratégica: se puede decir que es la llave del Moras; y, por tanto, un ejército colocado allí puede moverse rápidamente, ya sobre el Tolima y Cundinamarca, ya sobre el Valle del Cauca y Antioquia, ya, en fin, sobre Popayán y Pasto. Por esto Pitayó ha desempeñado siempre un papel importante en la historia militar del país. Allí tuvo lugar la memorable batalla en que el General Valdés derrotó completamente a Calzada, cuando éste se retiró al sur, después de Boyacá. Los vencedores consignaron la memoria de su hazaña en una larga inscripción que grabaron en el grueso estipe de una palma colosal que existió hasta 1876 en la plaza del lugar; época en que los belicosos pitagüños dieron rienda a sus instintos guerreros, librando diarios combates contra la majestuosa e histórica palmera. Al fin resolvieron derribarla y aplicaron a diversos usos las planchas que sacaron del tronco. Durante nuestra permanencia allí, hicimos repetidos esfuerzos para averiguar el paradero de algunas de ellas, y al fin encontramos unas medio cubiertas por la tierra, sirviendo de puentes en una de las acequias; después de limpiarlas con cuidado pudimos leer la siguiente frase, probablemente la primera de la inscripción, grabada en letras gordas, quién sabe si con la punta de una espada teñida aún con la sangre de los vencidos: *El 6 de junio de 1820 perdió Calzada.*

En toda esta región la cordillera aparece como destrozada en todas direcciones: grandes rocas graníticas, de formas caprichosas, atestiguan la acción remota de poderosos glaciares. Al mismo tiempo todas las faldas de las montañas están cubiertas de inmensos cantos desprendidos de las rocas superiores, en algunos de los cuales se ven antiquísimas inscripciones pictográficas, dibujadas, no con la *chica* de los muiscas, sino con una tinta oscura de otra naturaleza, pero sí del mismo estilo de los jeroglíficos de la Sabana de Bogotá.

Cerca de Pitayó existe, en una de estas rocas, una pintura conocida con el nombre de *El Nazareno*, tenida en gran veneración por los habitantes no solamente de esta comarca, sino de poblaciones más distantes, como Popayán. En ella creen ver la imagen del Divino Salvador cuando, con la cruz a cuestas, subía de Jerusalem al Calvario. Se asegura que esta pintura es natural y formada por las venas de otra coloración de la roca. Con respetuosa curiosidad fuimos a visitar la portentosa imagen; y, verdad sea dicha, sólo pudimos ver, y eso después de fijar mucho la atención, una grotesca figura, en la que, evidentemente, algún pintor de brocha gorda quiso representar la imagen de Jesús, que hoy está ya completamente borrada. Lo que sí es un hecho es que en esta piedra había jeroglíficos de los indios, probablemente muy importantes. Tal vez era éste algún adoratorio, y los primeros misioneros, queriendo extirpar la idolatría, picaron la superficie en que estaban las pinturas indias, y en su reemplazo diseñaron la imagen del Nazareno; en una de las esquinas superiores de la piedra quedó la imagen del sol, que se conserva perfectamente intacta: está dibujada con una tinta roja, de color más vivo y menos obscuro que la usada por los chibchas. Esta figura del sol, salvada por casualidad del celo de los misioneros, es la que da luz sobre el origen de la pintura de la roca. Nada de esto se puede decir, sin embargo, a los indios de Pitayó, porque ellos se hallan persuadidos de que su imagen tiene origen sobrenatural, y constantemente la mantienen alumbrada con velas de cera laurel.

#### EL PÁRAMO DE MORAS

Al oriente de Pitayó se eleva, casi perpendicularmente, el cerro de Quintero, coronado por la roca de este nombre, que desde lejos se ve como inmensa cúpula que

señala la entrada del Páramo de Moras, y al pie de la cual tiene su origen el río Jambaló; allí le encontramos oro, pero en muy pequeña cantidad. El camino tallado en el granito, atravesado en todas direcciones por numerosos hilos de cuarzo, se eleva en zizás por una pendiente brusca hasta coronar el cerro de Quintero. Para subir hasta allí se atraviesan primero tupidos bosques de rubiáceas, de encenillos y de clusias; más adelante desaparecen los árboles para dejar el campo a los arbustos ramosos; las ericáceas y algunas lobelias crecen sobre la roca casi desnuda; y, por último, al coronar la altura, las gramíneas y algunos helechos, las bejarias y el frailejón anuncian que se entra a la región de los páramos. El viento helado, soplando con violencia, arrastra las pardas nieblas en densos torbellinos, que, al desgarrarse, permiten divisar las llanuras del páramo alumbradas por los melancólicos rayos de un sol que no vivifica. Allí sólo crecen gramíneas y ezpeletias y numerosas variedades de cryptógamos. No se ve un ave, y sólo la danta, el ciervo y el oso turban la tranquilidad de estas desiertas regiones. A veces se descubren inmensas rocas graníticas, de formas fantásticas. Todo allí es fúnebre, hasta las blancas osamentas que se ven dispersas en el camino; últimos restos de las infelices víctimas que constantemente hace el temible páramo. No en todo tiempo puede transitarse el Moras: en los meses de junio, julio y agosto es sumamente peligroso internarse en él; y aun en los meses de buen tiempo sucede con frecuencia que mueren helados los que tratan de atravesarlo después de medio día, cuando el viento sopla con tal violencia, que levanta la piedra menuda y el agua aposada en el camino, impidiendo al infeliz viajero seguir adelante o volver atrás; entonces la temperatura llega a descender varios grados bajo cero.

Al salir del páramo se desciende al pueblo de Mosoco (Musuc, de los indios), de aspecto miserable y de una

temperatura media de 8°. Como Pitayó, Mosoco tuvo en tiempo de las quinas bastante movimiento comercial, del cual no quedó la menor huella. Hoy la única industria se reduce a la extracción de cera de laurel. Por lo que pudimos observar, la riqueza mineral de esta región es muy escasa, por no decir ninguna, reduciéndose a sulfuros de hierro en un esquisto micáceo, que principian a encontrarse en el origen del río San José, en el centro del páramo. Este río, que corre en dirección suroeste, pasa por el pie de la meseta en que está Mosoco y sigue a unirse con el río Páez, afluente del Magdalena.

#### DESTRUCCIÓN DE SAN SEBASTIÁN DE LA PLATA

Mocoso fue el asiento del célebre Cacique Calambas, el que destruyó la ciudad de San Sebastián de la Plata, cuya tradición se conserva fresca en todas estas poblaciones.

Se cuenta que habiendo ido el Cacique con su familia a la ciudad a la suntuosa fiesta que se celebraba en honor del Santo Patrono, dejó en poder de una familia española una de sus hijas, de cinco años de edad; a los pocos días cuando volvió por ella se la negaron y no le dieron razón de su paradero. El indio, con la astucia propia de su raza, supo ocultar su dolor, y con el mayor disimulo siguió cultivando sus relaciones con los españoles, al mismo tiempo que levantaba las poblaciones de la cordillera para llevar a cabo la terrible venganza que premeditaba. Al efecto, esperó un año; y, cuando en la ciudad se preparaban para celebrar de nuevo la fiesta de San Sebastián, Calambas reunió las tribus de la nación Páez, y en el momento en que los habitantes descuidados se entregaban a la fiesta del santo, descendió de la cordillera con veinte mil indios; de éstos, diez mil cayeron sobre la ciudad; hicieron terrible matanza, en los pobla-

dores, sin respetar sexo ni edad, y, reduciéndola a pavesas, fueron, después de recoger inmenso botín, a reunirse con las mujeres, que entretanto se ocupaban en tapar las ricas minas de plata. Se dice que todos los tesoros recogidos en la ciudad fueron depositados por los indios cerca del pueblo de Calderas, en una cueva natural, cuyo difícil acceso sólo es conocido de unos pocos ancianos de los notables de la parcialidad, que lo han conservado por tradición, y se nos ha asegurado que el padre del General Güeynás, burlando la vigilancia de los de Calderas, hacía frecuentes irrupciones a la cueva, de la cual salía bien provisto de alhajas de plata. Según esta tradición, allí depositaron los indios cuanto recogieron en la ciudad: las riquezas de los particulares, los vasos sagrados, las campanas, las lámparas y los grandes candelabros de plata maciza de la iglesia, los ornamentos y hasta los lujosos vestidos de los españoles, los que, según dicen, tienen el cuidado de sacar de tiempo en tiempo para limpiarlos y ponerlos al sol para evitar que se apolillen. Se asegura también que el Viernes Santo, cuando están los indios solos, cuatro de ellos se visten con los ricos ajuares de los españoles para cargar el Santo Sepulcro, y que, pasada la fiesta, los vuelven a colocar con cuidado en el mismo sitio.

No hace muchos años que un cura de estos pueblos, el Padre Carvajal, se propuso descubrir el lugar del depósito; y reuniendo los indios de Calderas, los dispersó por lomas y cañadas en busca de la fantástica cueva, quedándose él en un punto culminante vigilando las exploraciones. Cuentan los indios, con la mayor seriedad, que de repente oyó el Padre el tañido de una campana, y que, loco de alegría, creyó que los indios habían encontrado el deseado depósito y que, para anunciárselo, echaban a vuelo la vieja campana de San Sebastián. Al mismo tiempo los indios llegaron a donde él estaba y le



dijeron que también habían oído el toque de la campana, pero en esa dirección, y que creían que el Padre los llamaba por ese medio. El burlado cura desahogó su despecho con agrias lamentaciones, diciendo suerte y verdad a los infelices indios, diz que porque, habiendo encontrado los tesoros, inventaron la patraña de que la campana sonaba donde él estaba, como subterfugio para no enseñarle el sitio de la cueva.

Para ver hasta dónde están arraigadas estas fábulas entre los indígenas de esta región, baste decir que el mismo General Güeynás, hombre juicioso y de buen criterio, nos ha asegurado que la antigua campana de San Sebastián dejaba oír su tañido subterráneo todos los Viernes Santos, hasta hace pocos años, pero que de entonces para acá ha callado, probablemente a causa de los últimos terremotos, que la hicieron caer del lugar en donde la habían colgado los compañeros de Calambas.

#### VITONCÓ Y HUILA

De Mosoco nos dirigimos a Vitoncó. El camino sigue por entre un verdadero jardín: los grandes festones de flores rosadas del uvo blanco (*thybaudia*) se mezclan con magníficas gesnerias y con begonias de diferentes especies; las longipes coronan con sus flores las altas copas de los tachuelos, y por entre las nudosas ramas cubiertas de musgos y de tilliándceas, asoman raras variedades de orchideas sus caprichosas y lindas flores. El suelo está tapizado de iris de flores azules, de commelinas blancas y de tropeoláceas que nacen entre prados de poleo y de salvias aromáticas; de trecho en trecho las alstromerías lucen sus hermosas macetas rojas.

Poco antes de llegar a Vitoncó se pasa el Rionegro (Cuchiyó) por un puente regular; es río de gran caudal

de aguas y uno de los principales afluentes del Páez. En sus márgenes hay bancos de hulla.

Vitoncó es uno de los pueblos más grandes y mejor cultivados de esta parte de la cordillera. Por dondequiera se ven grandes huertas de legumbres, de manzanas y duraznos camuesos de la mejor calidad, que se llevan a La Plata y hasta Popayán.

Como todas las poblaciones de Tierradentro, está situada sobre una alta meseta; la iglesia ocupa el lugar más elevado, y las casas están al pie, dispersas, sin orden ni concierto. El cementerio, siguiendo la costumbre indígena, está situado en el lomo de la falda que desciende hasta el río. Los indios de esta parcialidad son de carácter huraño y gozan de malísima reputación por los actos feroces que han ejecutado en nuestras contiendas civiles.

En esta parte de la cordillera se hace más notable la transformación constante que sufre, debido a los derrumbamientos, grandes y pequeños, repentinos o lentos, de las capas aluviales, y que amenazan destruir las vías de comunicación.

De Vitoncó, faldeando las empinadas arrugas de la cordillera, descendimos hasta tocar en las ricas y hermosas vegas del río Páez, en las que tienen asiento las pequeñas poblaciones de Huila y Tóez, la primera en la ribera oriental y la segunda en la occidental del mencionado río, y tan vecinas entre sí, que las capillas, que son casi los únicos edificios que señalan ambos pueblos, parecen de una misma población, cuyas calles hubieran desaparecido. Los habitantes de estas parcialidades viven dispersos a grandes distancias; pero como son muy ligeros en la marcha e infatigables, se comunican con la mayor facilidad, y siempre de noche, cuando tienen algún asunto importante de qué tratar. Como estos indios son los más huraños y los que han tenido menos roce con

los blancos, cuando nosotros llegamos se alarmaron y se pusieron en movimiento, con una actividad prodigiosa, para espiar nuestras menores acciones. Desde el día siguiente a aquel en que llegamos a Huila nuestra casa fue el *rendez vous* de hombres y mujeres, y desde que apuntaba el día nos veíamos materialmente sitiados por numerosa concurrencia, de la que sólo nos librábamos después de las diez de la noche; todo lo que llevábamos era objeto de curiosidad, principalmente para las mujeres, que eran las más bulliciosas y las más conversadoras; lo que más nos llamó la atención fue el horror con que miraban los espejos, y nos fue imposible conseguir que se vieran en ellos. En Huila y en Pitayó es en donde se habla con mayor pureza la lengua Páez; y como allí es raro el indio que habla un mal castellano, pues todos se entienden en su idioma nacional, fue entonces cuando mayores progresos hicimos en el aprendizaje del Páez bajo la dirección de nuestro maestro el General Güeynás.

#### EL VALLE DE HUILA

Nada hay más poético que el pequeño valle de Huila (Cuenyit, de los naturales); con una temperatura media de diez y seis y medio grados, y en el centro de la alta cordillera, goza de un clima delicioso, en el cual crecen los guayabos, el plátano y la caña de azúcar; ya allí se ve la guadua, que yergue su tallo como elegante pluma gigantesca. En ricos prados naturales de grama y de poleo se desarrolla prodigiosamente y sin exigir cuidado de ninguna clase el ganado vacuno y caballar, que en abundancia poseen los indios.

El valle está limitado al suroeste por el río San Vicente, cuyas aguas negras y espumosas descienden de los páramos, y en cuya hoya se encuentran varios filones de ricas galenas argentíferas. El río Páez, en el cual

desemboca el San Vicente, lo atravisa en toda su extensión, y sus aguas, naciendo en las eternas nieves del Huila, corren presurosas a unirse con el Magdalena. La ribera oriental, o sea la de Tóez, es estrecha, y la cordillera, después de formar una pequeña meseta como de ochenta metros de altura sobre el río, se eleva bruscamente a más de mil metros. La ribera occidental, o sea la de Huila, es la que propiamente forma el valle: consiste en dos planos, uno al nivel de las aguas del río; y el otro, más extenso, como a ochenta metros de altura sobre el primero. Al norte, la cordillera, después de formar hermosas mesetas de una fertilidad asombrosa, se eleva rápidamente, y el bello nevado de Huila, de cinco mil quinientos metros de altura sobre el mar, se destaca majestuoso dominando el poético valle. Numerosos y abundantes manantiales termales se encuentran en las orillas del San Vicente y del Páez; los carbonatos calcáreos, que en gran cantidad contienen, se depositan en gruesas capas, que en ocasiones forman diminutos cráteres, en el centro de los cuales hierve el manantial despidiendo vapores sulfurosos y clorhídricos.

En el ángulo formado por los ríos Páez y San Vicente, en el plano superior, llamado Llano alto, fue en donde el Capitán don Domingo Lozano fundó en 1563 la ciudad que él llamó San Vicente de los Páeces, denominada por otros Caloto viejo, con el fin de explotar los ricos aluviones auríferos de esta región. Pocos sitios tan a propósito para fundar una linda ciudad como el escogido por el Capitán conquistador: un terreno seco y firme, con facilidades para llevar a la población toda el agua que se quiera del río Páez; a pocos minutos de distancia, en el plano inferior, las producciones de los climas templados; en las faldas de la cordillera, la propia de los climas fríos, y, sobre todo, un panorama encantador: por un lado, dominando como desde un terrado el plano inferior ani-

mado por las bulliciosas aguas del río, y más lejos, el largo y angosto cañón del Páez, que se extiende hasta el valle del Magdalena; por el otro lado la extensa llanura de la meseta tendida al pie del gigantesco Huila, coronado de eternas nieves. Todos los elementos de riqueza y de vida están aquí acumulados, y se puede asegurar que, sin la ferocidad de los antiguos Páeces, la ciudad de don Domingo Lozano habría llegado a ser una de las más bellas del país; pero por desgracia su vida fue muy corta. Las ricas minas apenas las alcanzaron a explotar los fundadores por el corto espacio de dos meses, y, con ser así, obtuvieron gran provecho; pues, según dice Fray Pedro Simón, las ricas venas que encontraron eran «más de oro que doradas, y de ellas extrajeron caudalosas gro-sedades».

#### RUINAS DE SAN VICENTE DE PÁEZ

Dos meses hacía que se había fundado la ciudad de San Vicente, cuando en una madrugada del mes de julio cayeron los Páeces sobre el real de las minas, en donde mataron al Capitán Lozano y a veintisiete soldados; sólo cinco escaparon. En seguida atacaron la ciudad y la redujeron a pavesas. Los habitantes se habían refugiado en el fuerte, al cual los indios pusieron estrecho cerco por espacio de cuarenta y siete días, hasta que llegó socorro de Popayán y libertó a los sitiados, que estaban ya reducidos a los últimos extremos, y la ciudad quedó des-poblada para siempre. En la acequia que surtía de agua la ciudad se encuentran todavía alhajas de las que pertenecieron a los desgraciados fundadores de San Vicente. Se cuenta que el cargamento de oro lo sepultaron los indios en una cueva natural en la loma de Cresta de Gallo, distante como media legua del pueblo de Chinas.

A pesar de los numerosos esfuerzos que hicimos por descubrir el sitio de las minas explotadas por los pobla-

dores de la ciudad, no pudimos hallar el más pequeño vestigio ni la más ligera huella que indicara los antiguos trabajos. Donde fue el asiento de la población se ven todavía en relieve los cimientos de los edificios; todos son de tierra y no hay ninguno de piedra como los de Caloto arriba. Grandes cuadriláteros señalan el sitio, talvez de las iglesias, y llama la atención un extenso cimiento en la forma de un perfecto exágono de sesenta varas por lado, que señala el lugar de la fortaleza construida para defenderse de los ataques de los indios. Uno de sus costados está en el mismo filo de la meseta, cuyas escarpadas paredes son inaccesibles, y por los otros costados tiene ancho campo de observación.

Esta meseta, que era un antiguo cementerio de los Páeces, esta en su totalidad cubierta de guacas, todas trabajadas; quién sabe si las *grosedades* de que habla Fray Pedro Simón venían de ellas en su mayor parte, y no de las ricas venas doradas; pues apenas se puede comprender que una mina, por rica que sea, dé en dos meses un resultado tan extraordinario como el de que habla el cronista. Hoy todavía los indios de Tóez y de Huila, siguiendo la costumbre de sus antepasados, tienen su cementerio en el lomo de la cuchilla que desciende del alto llano al río.

En Huila encontramos cierto espíritu de hostilidad, pero salvámos los inconvenientes y los obstáculos que en todo sentido nos presentaban los indios, haciendo uso nosotros de la maña y Güeynás de la fuerza. Después de recorrer gran parte del río San Vicente, encontrando ricos minerales de plata, y habiéndole cogido regular pinta de oro en la batea, resolvimos faldear el nevado del Huila para explorar el río de la Símbola y el sitio llamado La Laguna, en donde se nos decía había numerosas guacas de evidente riqueza.

## LA LAGUNA

Conseguidos los indios que nos debían acompañar, llevando los equipajes, los víveres y las herramientas necesarios, nos pusimos en marcha, atravesando longitudinalmente el bajo llano de Huila. El río Páez lo pasámos por un puente colgante de construcción primitiva, formado por tres delgadas varas, fuertemente arqueadas y unidas por medio de bejucos a otras que están apoyadas en ingeniosos armantes; ligeros atravesaños colocados de metro en metro de distancia forman el piso; cada uno de éstos marca un paso obligado para quien atraviesa el puente, colocado a más de quince metros sobre el revuelto y correntoso río. Pero en toda la mitad del puente faltan algunos atravesaños y, por consiguiente, las varas más débiles han cedido; de suerte que es preciso hacer atrevidos juegos de equilibrio para evitar una caída, que sería mortal. Admira ver la agilidad y la destreza con que los indios pasan por ahí; los que iban con nosotros todos cargaban más de cinco arrobas y, sin embargo, su paso era tan firme como si anduvieran por un camino real.

Pasado el río, emprendimos la subida de uno de los contrafuertes del Nevado. Poco nos faltaba para coronar una elevada meseta cuando, de repente, el camino se nos acabó, y nos encontramos frente por frente con una roca de paredes verticales; pero notámos con sorpresa que para escalarla era preciso hacer uso de una viga colosal con muescas de trecho en trecho; este es el camino de los pocos indios que por allí transitan. Terminada esta singular ascensión, atravesámos una extensa llanura, de gran fertilidad a juzgar por las dimensiones del chusque que en gran parte la cubre; después nos internámos ya en la montaña. El musgo y las tilliándceas cubrían el tronco y las altas ramas de los gruesos árboles y el tallo de los arbustos; tupida y húmeda alfombra de cryptógamos tapizaba

el suelo, y no se veía un animal en el desierto paisaje. A cada paso encontrábamos inmensos troncos de caucho tendidos por el suelo, que nos estorbaban la marcha; pues por un espíritu de inexplicable vandalaje se ha acostumbrado derribar estos árboles y, por consiguiente, destruirlos para extraerles la preciosa resina, acabando así con una de las más importantes fuentes de riqueza que tiene el país. Las montañas de la extensa región comprendida entre Huila y el río Símbola, por ejemplo, contenían inmensos cauchales, y no es aventurado decir que los últimos árboles fueron cortados en el año en que hicimos esta exploración. Tan extraordinaria tala se ha llevado a cabo en el corto espacio de veinte años.

Abundan en las montañas de Huila la ortiga de monte, que parece una nueva especie de loasa, planta temida por los mismos caucheros por sus propiedades vesicantes y rubefacientes; el chucho, especie del género *peperomia*, de una fetidez tan insoportable que quien llega a apoyarse en ese arbusto se impregna de ella de tal suerte que por algún tiempo no vale agua ni jabón para desvanecer tan detestable olor; el toronjil de montaña, también piperácea, del género *piper*, de un aroma tan delicioso como insufrible es el del chucho; el granizo, que es el mismo de la cordillera oriental, notable por su fragancia y por sus propiedades antiespasmódicas y diuréticas; el teñidor, lindo arbolillo de la familia de las *melastomáceas*, de bellas flores blancas, y cuya corteza da un hermoso tinte azul; el popo, que es una de las *gramíneas* más hermosas, término medio entre la *guadua* y el *chusque*, pero con los caracteres del género *bambusa*; levanta su caña, a veces recta, a veces arqueada, hasta una altura de más de veinte metros. Crece en una zona comprendida entre 2.400 y 2.900 metros sobre el mar. Multitud de *arums* y de *gesnerias* lucen por doquiera sus caprichosas formas, y el *chusque* adquiere dimensiones colosales.



En las vecindades de la laguna y en el centro de la montaña establecimos el campamento. Llevados por la curiosidad, nuestro primer impulso fue dirigirnos a conocer la laguna, pero ninguno de los indios que nos acompañaban quiso servirnos de guía, pues aseguraban que al acercarse a la orilla era seguro que el magnífico tiempo de que gozábamos se cambiaría en granizadas y vendavales; medio del cual, según dicen, se sirve siempre el espíritu que en ella habita para demostrar el enojo que le ocasionan las importunas visitas que van a turbar la tranquilidad de su morada. Después de largos razonamientos lográmos convencer a uno más despreocupado que los demás, quien, sirviéndose de su largo cuchillo, abrió la trocha. Nosotros creíamos encontrar un lago más o menos extenso, pero lo que hallámos fue una ciénaga como de dos hectáreas; y ¡cosa singular! apenas habíamos adelantado algunos pasos sobre el piso movedizo de la orilla, cuando principió a encapotarse el cielo; desde la cima del nevado soplabá el viento con violencia increíble; pocos momentos después gruesos goterones se desprendieron de las nubes, y al fin cayó terrible granizada que los pobres indios consideraron como justo castigo por nuestro atrevimiento. Bien empapados, volvimos al campamento medio corridos por la burla que de nuestros anteriores discursos hacían los supersticiosos Páeces.

CARLOS CUERVO MÁRQUEZ.

Brag.

BOLIVAR, GUERRERO <sup>(1)</sup>

COMO guerrero pocos han luchado como Bolívar y por tanto tiempo y con enemigos tan poderosos y disciplinados como los que España le puso delante. Organizó y dirigió once campañas, desde la del Magdalena, en Nueva Granada, en 1812, hasta la del Perú en 1824 y 1825, y mandó en Jefe treinta y siete batallas campales, entre las que figuran las dos de Carabobo, la de Araure, las de Boyacá y Bomboná, y, finalmente, la de Junín. Como guerrero, por otro aspecto, Bolívar es único, y apenas si pueden señalarse semejanzas más o menos acordes con el escenario y la época en que actuó.

La disciplina y la audacia triunfan con Alejandro en los antiguos tiempos. Las tres batallas que le abrieron el Asia fueron decididas por las falanges macedónicas que él mismo mandaba y que arrojaba sobre masas estúpidas y confusas. En el Gránico y Arbelas vence él con Grecia sobre Persia, la civilización sobre la barbarie, la libertad occidental sobre el despotismo de Oriente, pero el siglo de Alejandro fue para Grecia el suntuoso y triste crepúsculo que precede al ocaso del sol. Nadie le ha igualado en gloria, ninguno en belleza heroica. Aristóxenes refiere en sus *Memorias* que su cuerpo exhalaba grato aroma; que manaba de su boca y de toda su persona un olor delicioso que perfumaba sus vestidos. Sus ojos eran vivísimos, agrega Plutarco, llevaba el cuello ligeramente inclinado hacia el hombro izquierdo, y su tez era muy blanca y esa blancura tomaba el tinte de la rosa en el rostro y en el pecho. Llevaba consigo la *Iliada*, considerándola como el oráculo del arte militar; por la noche la guardaba bajo su

---

(1) Capítulo de un libro inédito.

cabecera con su espada. Llegado a Troya, subió al templo de Minerva e hizo un sacrificio a la diosa y libaciones a los héroes; regó con aceite y colocó una corona sobre la tumba de Aquiles. Su pasión fue la gloria, la fama su fin. Ser aplaudido y coronado de rosas en Atenas, hé ahí el ideal de sus conquistas; mas no traspuestos aún los umbrales de la juventud, embriagado con las delicias de Oriente, cubierto de laureles, fallece, como había nacido, porfirogénito, entre la púrpura y el vino. Nadie le ha igualado en gloria, ninguno en belleza heroica, por eso decía Chateaubriand que es el hombre que más se ha asemejado a los dioses inmortales!

Aníbal fue el primer militar que mostró dotes estratégicas, y, según Napoleón, no tuvo par en la antigüedad. El, colocando la infantería en el centro, la caballería en las alas y al frente la artillería, inventó el orden de batalla que en las más tormentosas épocas del mundo fue la cartilla de los guerreros, la de Gustavo Adolfo, Condé, Turena y el gran Federico. Su vida fue la más vasta, la más grande, la más enérgica del mundo. A los nueve años ciñe la espada y jura venganza en el altar de sus padres. Increíblemente audaz para correr hacia el peligro y maravillosamente prudente en él, nos dice Tito Livio; infatigable de cuerpo y de espíritu, dormía sobre el suelo, cubierto con su capa; frugal, sufrido, descuidado en el vestir, se le distinguía sólo por sus armas y sus caballos; era el primero en llegar al combate, y el último en retirarse. Con *una tropa de salvajes*, al decir de Polibio, escala los Alpes cuando la nieve cubre las montañas, y, desde su cima, reanima los corazones de sus soldados mostrándoles con el dedo las fértiles llanuras que riega el Po, los jardines de Italia y la campiña romana. Acampa en los pingües campos del Piamonte, avanza sobre Turín, sobre Milán; vence al enemigo en las orillas del Tesin, después en las del Trebia; franquea los Apeninos y los

pantanos del Arno; desbarata al Cónsul Flaminio en el lago de Trasimene; costea el Adriático, descendiendo hacia Apulia, y, describiendo un semicírculo, se cierne, como un águila sobre su presa, sobre Roma. En Cannas parece sucumbir para siempre el valor latino, y Aníbal, ebrio de triunfos, se entrega a las delicias de Capua, mas para luchar aún catorce años, para desplegar todo el poder de su genio, para marchar, correr, volar de ciudad en ciudad, de confín en confín, para caer y levantarse y escapar y aparecer, como el Terror, ante Roma. Su fin fue la libertad de su patria, y el odio inmisericorde a los enemigos de ella, el resorte de su acción. Traicionado y perseguido, después de cincuenta años de brega, cuando ya no puede luchar más, toma el veneno y muere por una causa santa, la más santa de todas, la resistencia contra el usurpador extranjero.

El genio guerrero de Julio César se mostró en el arte de acampar, asaltar y fortificarse contra los ataques de los bárbaros. En menos de diez años que ha durado su guerra en las Galias, dice Plutarco, ha tomado por asalto más de ochocientas ciudades, sometido trescientas naciones diferentes y combatido, en batallas campales, contra tres millones de enemigos. Es el mortal más completo que ha vivido jamás. Tuvo todas las seducciones humanas: era fuerte, bravo, arrogante, elocuente, noble, pródigo, elegante, hermoso; vencedor de Grecia, respetó sus glorias y dio libertad a los vencidos de Farsalia, diciéndoles: «os salvan vuestros grandes muertos»; vencedor en Alesia, la destruye, la arrasa en sus cimientos, y unce Vercingétoris a su carro triunfal. Tuvo todas las virtudes y todos los vicios: gran político, gran orador, gran guerrero, gran escritor, gran seductor, y todo sin escrúpulos; fue su pensamiento triunfar y dominar sobre todos y conquistar a Roma, su patria, que había conquistado el mundo. Mas, cuando sueña en ensanchar aún las fronteras del imperio;

vengar a Craso sobre los partos; domar los dacios y getas y agregar a sus hazañas las de Alejandro, regresando de las márgenes del Indo circundado de gloria inmarcesible, César, como una bestia feroz acorralada por los cazadores, se debate en el Senado, entre los puñales de sus amigos, hasta caer, cubierta la cabeza con su toga, al pie de la estatua de Pompeyo!

Federico, el grande, descubrió el arte de emplear las armas: infantería, caballería, artillería, según las condiciones del terreno. En Leuthen, batalla que Napoleón llamó su obra maestra, dio grande importancia a la infantería, provista ya del fusil de bayoneta, inventada por Vauban, el primer ingeniero de su tiempo, quien por tal reforma fue el verdadero fundador de la táctica moderna. Pensaba que la mejor defensiva era la ofensiva, y a su tenacidad en las retiradas y actividad en las victorias, sus más heroicas virtudes, debió el hacer frente durante siete años a una coalición de naciones: Francia, Austria, Rusia. Guerrero extraordinario, genial administrador, fundó la grandeza de Alemania; político escéptico, preparó la descuartización de Polonia; filósofo impío; elegante escritor francés; comentador de Maquiavelo y Montesquieu en sus ocios de Sans-Souci; clásico historiador; poeta aun en los campos de batalla; amigo de todo lo grande y todo lo bello, y amigo de Voltaire!

Napoleón dio importancia capital a la topografía y al estudio minucioso y científico de los mapas, esto es, aplicó las matemáticas a la guerra. «El terreno es el tablero de un general, decía; su buena o mala elección decide de su talento». Fue maestro consumado en la dirección de los movimientos generales, en los planes de campaña y en el arte de escoger el punto propicio para herir y de buscar, para vencer, un aliado en el terreno y un presagio seguro en la superioridad de la fuerza. «Calculaba bien, marchaba con celeridad, y la fortuna hacía el resto».

Prefería a las grandes y pesadas masas de combatientes, los pequeños y ágiles ejércitos que movilizaba y hacía maniobrar como fichas de ajedrez: «No es el gran número, conversaba en Santa Elena, el que proporciona la victoria. Alejandro derrotó trescientos mil persas con veinte mil macedonios. Los planes más audaces fueron siempre los que mejor me salieron».

Napoleón fue también legislador y, a su pesar, propagandista de la Revolución: «He dado un código a Francia que sobrevivirá a los demás monumentos de mi poder»; dio al mundo portentosa lección de energía, que guarda intacta, como preciosa herencia, el pueblo francés; pero guerrero ante todo y sobre todo llevó el arte de la guerra a su perfección y dio la última mano al gran cuadro heroico de la historia, prestándole una sublimidad cuasi divina que no podrán ajar los siglos. Su quimera imperial ha devorado, entre 1804 y 1815, más de un millón setecientos mil franceses, a los cuales hay que agregar dos millones de hombres extranjeros, muertos a título de aliados o de enemigos. «Sólo tres bellos días cuento en mi vida, decía: Marengo, Austerlitz y Jena». ¡Cuánta gloria en tres palabras!

Bolívar, sin inventar nada, reunió asombrosamente casi todas las pujanzas y virtudes de sus predecesores. En Junín, Carabobo y Bomboná mostró el arrojo olímpico de Alejandro; en la campaña de Boyacá fue un nuevo Aníbal, más grande por haber vencido más grandes obstáculos; tuvo la seducción, la elocuencia, el estilo, las debilidades y el genio pasmosamente múltiple de César; el talento, el buen gusto, la actividad, la constancia, el rictus de impiedad del gran Federico; la visión aquilina y la rápida y segura ejecución de Bonaparte, y, más que todo, la audacia, la férrea voluntad, el sublime coraje, el sublime rencor y el sublime ideal de Aníbal. Como él, Bolívar lucha no sólo con los hombres sino también con

los elementos: «Si la naturaleza se opone a nuestros designios, exclama entre las ruinas de un terremoto, lucharemos contra ella y la someteremos»; como él, lo guía una divina venganza, la más digna de las pasiones humanas, contra el brutal español y todo lo que él significa de fanatismo, superstición y tiranía: «Diga usted a su rey y a su nación, le dice al gobernador de Cartagena que le proponía tratados de paz en nombre de Fernando VII, que el pueblo de Colombia está resuelto a combatir por siglos y siglos contra los españoles, contra todos los hombres, y aun contra los inmortales, si éstos toman parte en la causa de España»; recorre más espacio en América que los Tamerlanes y Gengiskanes en Asia; escala con ejércitos salvajes las más altas montañas, acampa en los más inclementes desiertos y vadea los mayores ríos. En todas las cosas se ha instruido no por la especulación sino por la práctica, y como Napoleón que se jactaba de que nada había en la guerra que no pudiera hacer él mismo: «Si no hay nadie que haga pólvora, yo sé fabricarla; sé construir cureñas, sé fundir cañones», Bolívar era competente para todas las faenas, desde las más elevadas: estrategia, diplomacia, legislación, hacienda, hasta las más bajas y manuales, pero importantes para el éxito de la guerra. Véase, si no, aquella célebre carta, escrita en vísperas de Junín, en la cual daba minuciosas instrucciones a sus intendentes y proveedores sobre los potreros, pastos, aguas que debían servir para engordar las caballerías que iban a decidir la gran batalla; sobre la calidad, espesor, dimensiones de las herraduras, clavos, etc. Ante los asombrosos éxitos alcanzados puede afirmarse, pues, sin vacilar, que todas las órdenes, instrucciones, ordenanzas, decretos del Libertador, fueron obras maestras de previsión, de buen juicio, de tino, de genial competencia.

Tenaz, cínico, calculador, astuto, fecundo, terrible, colérico, indolente, enamorado, cruel, todo como el cartaginés, murió como él en la tristeza y la desolación, pero más afortunado, viendo vencidos a sus enemigos y libre a su patria. Sabio legislador, pero mal político, lo mismo que Napoleón, no tuvo como él la ambición de Alejandro y de César, la de los conquistadores que aspiran a dominar y reinar en una patria engrandecida por ellos. Aníbal y Bolívar fueron héroes y mártires de la libertad y del derecho. Todos tienen sobre el Libertador, es cierto, la excelsitud y esplendor del escenario y la maravillosa pátina de los siglos.

CORNELIO HISPANO.

1916.

*Estuología* —————

## DECADENCIA ACTUAL DE LA RAZA EN COLOMBIA?

**E**N las columnas de *El Tiempo*, correspondiente al día 20 de agosto próximo pasado, en nuestro comentario a la muy interesante conferencia del doctor Miguel Jiménez López sobre la locura y sus causas en Colombia, pronunciada en la inauguración de la cátedra de enfermedades mentales, en la Escuela de Medicina, ofrecimos exponer nuestra opinión, parcialmente en desacuerdo con una de las tesis afirmada por el nuevo Profesor. Vamos, pues, a someter al lector algunas deducciones biológicas que informan nuestro criterio en el punto debatido.

Sostiene el doctor Jiménez López que la raza americana (aún en formación), como entidad étnica, es en Colombia mentalmente inferior, con taras orgánicas actuales que la hacen campo apropiado para el desarrollo de toda



clase de neurosis. Con acopio de datos históricos establece la decadencia manifiesta de los aborígenes contemporáneos a la conquista, así como la psicología morbosa de los colonizadores españoles, que lograron hacer fructificar en estas regiones tropicales la civilización del viejo mundo.

El producto biológico resultante del cruzamiento de dos sangres degeneradas y distintas, está marcado con los estigmas característicos de una vitalidad deficiente, la que se traduce, por decirlo así, ya en una perturbación de las facultades psíquicas, ya en una especie de mutilación de la emotividad, de la conciencia o de la voluntad, ya en atrofia de ciertos órganos, ya en pobreza fisiológica de los tejidos orgánicos. En este raciocinio basa el expositor la pobreza mental de nuestra raza, que según él constituye un hecho actual.

No estamos totalmente acordes con el anterior enunciado, y vamos a analizar someramente las deducciones que nos hacen rechazar la inferioridad orgánica de la población colombiana de la hora presente como consecuencia *perdurable* de la psicosis inicial de las razas generadoras. Si nuestra raza es hoy cerebralmente inferior en relación, por ejemplo, a las demás porciones de la raza blanca europea o americana, es concepto que puede discutirse con razones climatéricas o sociales, pero no con el hecho apuntado por el doctor Jiménez López, porque admitida la degeneración de nuestros antepasados, esa inferioridad del *cruzamiento*, es *algo temporal* y no indefinido.

El producto de dos razas debilitadas es un producto inferior, afirma el doctor Jiménez López. Nosotros rectificaríamos así: el producto de dos razas inferiores es un producto tarado, pero esta decadencia hereditaria y atávica perdura en una o más generaciones, hasta que es ven-

cida *orgánicamente* por el saldo de vitalidad *normal* que recibe intacto de sus generadores y por otras causas externas.

La lucha es la más general y eficaz de las leyes naturales. El misterioso prodigio de la materia organizada es el combate del *sér*, contra todo y contra todos; por eso el gran fisiólogo Bichat dio la definición siguiente, que, aun cuando envuelve una petición de principio, es clásica en fisiología: «La vida, es el conjunto de fenómenos que resisten a la muerte». En la escaramuza perpetua de toda célula y de toda reunión de células u organismos, se explica la evolución y el progreso inintermitido de la energía anímica. Ella explicó a Darwin la transformación de las especies y la influencia de la alimentación, de la herencia y de la selección natural, etc.

La anatomía comparada y la embriología muestran al experimentador, paso a paso, la evolución de cada uno de los órganos y de cada una de las especies hasta realizar en ellas, al través de los siglos y de los continentes, el acercamiento a tipos orgánicos superiores, cada vez más lejanos, constitucional y funcionalmente, de los ejemplares primitivos. Por eso supone Darwin que es lógico creer que mientras obedeciendo a la ley de gravedad la materia cósmica se transformaba en diversos sistemas planetarios, en nuestro globo minúsculo una o muy pocas formas animadas, obedeciendo a la ley de la evolución, generaban la enorme variedad de especie y de razas que hoy lo pueblan. Tan cierto es esto que en los fósiles de los grandes mamíferos prehistóricos o en los organismos actuales se encuentran huesos u órganos que hoy sólo subsisten en éstos en estado rudimentario, o perduran como órganos o esbozos anatómicos funcionalmente inútiles. Si la herencia y el atavismo fueran reglas invariables y rígidas, cada generación tendría necesariamente las características inmutables de la anterior, porque carecería la

vida de la plasticidad que constituye su esencia y que la permite recibir indeleblemente y poco a poco el sello del medio ambiente.

Esta plasticidad del organismo para cambiar de formas comprende en los líquidos celulares o protoplasma la potencialidad físico-química que se llama asimilación y defensa orgánica. Esta defensa lucha en la sangre o en los tejidos contra la vitalidad de los agentes patógenos; los leucocitos, como se sabe, engloban y absorben por la emisión de pseudópodos, los microbios o bacterias específicas de las enfermedades; además, y éste es punto muy importante, los órganos envenenados por las toxinas microbianas secretan antitoxinas que neutralizan químicamente su acción tóxica; en este hecho se basa la seroterapia, tan fecunda en resultados prácticos, y quizás la acción rapidísima y certera de las sustancias coloidales, en el tratamiento de las infecciones.

La fisiología de un organismo empobrecido por lesiones congénitas o por taras hereditarias, lucha desde el primer momento por sobreponerse a sus enemigos internos. Esta batalla vital (si el sér decadente no sucumbe) lo fortifica y puede llegar hasta inmunizarlo. Si el producto decadente engendra a su vez, el hijo tendrá por esta razón, y por la dualidad que el ayuntamiento supone, una degeneración hereditaria y menos grave, y si sucesivamente nos vamos alejando del tipo primitivo en las nuevas generaciones, el fenómeno ascensional se irá acentuando cada vez más. A esta razón podrán oponérsenos las bruscas regresiones del atavismo; observaremos que son más generales y constantes las leyes de la herencia inmediata que las del atavismo, que puede definirse como la herencia a distancia, y que en este último factor intervienen causas ocasionales aún poco conocidas y estudiadas.

Podrá también argüírse nos que como las facultades mentales y emotivas residen en la sustancia nerviosa, cuyas

células no se reproducen como las de los otros cinco tejidos del hombre, quien ha recibido hereditariamente células nerviosas químicamente empobrecidas, no puede efectuar el proceso evolutivo descrito, y que por lo tanto el sistema nervioso de la raza americana subsiste todavía con la incapacidad estructural de los españoles y de los indígenas afectados de neurosis. A esto podremos responder que en la regeneración de la célula nerviosa entra, si no en el mismo individuo, en la serie de individuos, el factor principalísimo de la alimentación, educación y mezcla con sangres diferentes.

Explicando así el proceso compensador que regula la degeneración hereditaria en el individuo y en la raza, creemos poder afirmar, mientras no se nos demuestre la inexactitud de la exposición anterior, que la raza americana actual no es un grupo étnico de psiquismo inferior por el influjo de la herencia ancestral. Para este triste hecho, si acaso existe, concedemos importancia decisiva a otros factores externos que razonadamente expone el doctor Jiménez López y que son: deficiencias educativas, alcoholismo, sífilis y falta de ideales colectivos capaces de tonificar la voluntad de nuestros conciudadanos. Para probar nuestra incapacidad mental por defecto de organización, sería necesario corregir antes que todo las causas exteriores de decadencia y las malas condiciones ambientes, como son el clima y las enfermedades tropicales. Mientras no sean iguales entre nosotros los factores objetivos a cuya sombra se acrecientan minuto por minuto nacionalidades americanas poderosas como Argentina y Chile, no puede establecerse, en nuestra opinión la degeneración actual de la raza en Colombia. Un pueblo como el nuestro que ha producido pensadores y artistas cuya eficacia hubiera sido más grande al actuar en otros medios sociales, no puede ser pueblo de facultades mentales hereditariamente inferiores. Si aceptamos la definición de

Bovio sobre el genio como «un monólogo en el cual habla toda una Nación o una raza, o habla la voz de la naturaleza», habremos de convenir en que el grupo étnico que ha influido sobre las ideas y los destinos del Continente por boca de Santander, Mosquera, Murillo, Núñez, Caro, revela a ciencia cierta una psiquis capaz de comprender y de impulsar la civilización en todas las esferas de la actividad humana. Somos por lo tanto hondamente optimistas en cuanto al porvenir intelectual de América en general y de Colombia en particular. Cuando la educación, como lo quiere el doctor Jiménez López, forje el carácter con métodos verdaderamente psicológicos y nutra la inteligencia de nuestros niños en la forma preconizada por la pedagogía moderna; cuando la campaña nacional contra el alcoholismo y contra la sífilis haya purificado el sistema nervioso de las generaciones futuras; cuando el patriotismo haya substituido en el alma colombiana los regionalismos de campanario y las aberraciones de secta y de partido; cuando, en una palabra, hayamos puesto en las manos del pueblo «el acero intelectual del pensamiento» de que habla Anatole France, entonces la acción de nuestros conciudadanos abrirá a nuestro destino las más halagadoras perspectivas.

Conocida es la fábula de Psiquis, la sugestiva doncella cortejada por el Amor en la sombra del secreto. Por el mandato del oráculo fue puesta sobre la montaña en donde debía destrozarla la voracidad de un monstruo. El dios Zefiro la condujo en sus alas al voluptuoso nido en que la vida pondría en sus labios un beso infinito. Las amorosas entrevistas tenían como única condición el que Psiquis se sometiera a no ver el rostro de su amante. Pero atormentada por la curiosidad, la indiscreta joven proyectó una noche el fulgor de su lámpara sobre el rostro del Amor dormido; una gota de aceite cayó sobre éste, que desapareció entonces para siempre dejándola

entregada a la venganza terrible de Venus, que no podía perdonarle que hubiera seducido a su hijo. Apuleyo refiere la encantadora leyenda en la que muchos comentadores ven una personificación del alma humana, de su unión con el cuerpo y de sus futuros destinos. Es también emblema de la felicidad que sólo subsiste bajo la sombra discreta de la ilusión y que se esfuma irremediablemente en presencia de la verdad desnuda.

Si con la luz de la ciencia mostramos a un pueblo la espantosa certidumbre de su incapacidad para las luchas de la inteligencia, el pesimismo acabará con sus energías. ¿Para qué luchar, para qué esforzarnos por acrecentar el caudal de nuestra fuerza colectiva si pertenecemos a una raza originariamente decaída y enferma? Podrá acaso decirsenos que para mejorar nuestra condición tenemos en nuestras manos la educación, que como un crisol destruye la escoria y funde el oro de la voluntad creadora en los moldes de la victoria. ¿Pero no pesará más en la conciencia nacional la abrumadora tesis de nuestra incapacidad intrínseca? ¿No desmayará acaso ante el combate que ha de librar no sólo contra la naturaleza inexorable y hostil, sino lo que es peor aún, contra el germen de decadencia y de muerte que recibió de sus primogenitores? Nosotros creemos que al hablar el doctor Jiménez López de la inferioridad de la raza entre nosotros, no gustó hasta las heces el amargo licor de semejante teoría. Comprendemos que él nos ofrece como remedios eficaces la educación y la ciencia. Tal vez también acepte la idea de que la raza degenerada por la herencia, sea susceptible de mejorar con sus propios recursos vitales. Mas como su afirmación se limita a exponer un hecho, el de la pobreza fisiológica de la raza en nuestro país, hemos creído que no sería temerario de nuestra parte el someter a su estudio las ideas que nos apartan de su tesis, en cuanto a la *perdurabilidad* de las taras de los conquistadores y

de los indígenas en colombianos que como él y como tantos otros verdaderos ciudadanos, vibran de patriotismo ante la afirmación solemne de Reclus: «Creo en Colombia, en su porvenir y en la influencia preponderante que tendrá sin duda en los destinos de la humanidad».

MANUEL LAVERDE LIÉVANO.

Agosto 16 de 1916.

*Cuentos*

## UN BUEN QUESO

**N**O, no; el amor es bueno y nunca desampara a sus pacientes. Oye, mi dulce amiga, la historia de Inés y Florencio, para que te convenzas de tan importante verdad.

Inés y Florencio, ambos nacidos y criados en la opulenta finca donde servían, eran dos gallardos muchachos que se adoraban desde la niñez. Hasta aquí todo va bien, y aun ha de parecerte mejor si te digo que los chicos se besaban como unos glotones cuantas veces podían, con el incentivo de esas brisas campestres que en la primavera hacen estremecer tan profundamente a los bosques venerables. Cuanto podían se besaban, y hacían muy bien, a despecho de tu aspaviento convencional; cuanto podían, porque ¡ay! no siempre les era dado.

La señora, una viuda ya entrada en años, era muy beata y se escandalizaba al solo nombre del amor, como no fuera éste el divino. No obstante, sus amigas afirmaban que en su devoción a San Antonio, por ejemplo, no todo era desinterés celestial, llegando uno de sus primos,

viejo entre santurrón y calavera, a afirmar que Santa Rita compartía aquella predilección....

Lo cierto es que había sido devota del buen santo hallador de novios, desde su más tierna juventud: y tanto, que se rezaba de memoria la novena y los trece martes.

La señora quería mucho a Inés, pero desconfiaba de Florencio, habiendo opinado ya varias veces que creía llegado el momento de buscarle empleo en la ciudad. ¡Cómo abominaba Inés en esos momentos la palidez que la cubría!

Para ella eran las preferencias y hasta los mimos compatibles con la rigidez aristocrática de la dama; pero ¡a qué precio! precisamente por esto, apenas podía hablar con su novio. Cuando no trabajaba con la vieja ama de llaves, doña Catalina, una flacucha de rigidez gendarme-ril, bordaba junto a la señora en el costurero, cuya suntuosidad tenía algo de bazar, mientras aquélla, en compañía de una hermana solterona que la acompañaba, consumía las horas descifrando charadas y fuga de vocales. Esto formaba su manía y su vanidad. El resto del día lo consagraba a la oración.

Sólo en la mesa tenían algún esparcimiento los muchachos. Después de servir Inés a las señoras, almorzaban con doña Catalina en un recogimiento casi terrorífico; pero a veces llamaban de adentro (generalmente para averiguar alguna fecha) y el ama acudía. ¡Ah, besos furtivos, caricias miedosas, dramitas en dos pellizcos! Era el momento de entregarse las cartas en letra menudísima y sin apartes; el minuto suspirado de decirse tantas cosas y no acertar más que a estrecharse las manos: fugacidad deliciosa que les alegraba un día entero como una exhalación de perfume....

Ahora bien: cierta ocasión de esas, Inés y Florencio tuvieron un gran disgusto. Aquélla negó rotundamente a éste un rulo que la pedía, y hasta la reprochó que hu-



biese mezcládo aturdidamente el día anterior la leche de los quesos.

Lo primero fue una coquetería y lo segundo merece una explicación.

Inés hacía unos quesos riquísimos que la señora prefería, motivando esto mil querellas como la mencionada. Eran de comerse frescos, pero tenían un término de treinta horas que la chica respetaba con veneración; y por esto aquel reproche asumió caracteres muy serios para Florencio.

Tres días después, como la coqueta no cediera, la escribió que se iba a envenenar; y ella, alarmada al verle tan triste y para evitar que lo hiciera durante el almuerzo, le respondió con amoroso sobresalto:

«Mi rico no fue usted, ya sé adorado bien de mi alma, hoy en la mesa te daré si acaso llaman, y con esto recibe muchos besos de Inés».

Hizo con el papelito una cedulilla bien apretada y la guardó en el corpiño a la espera de una oportunidad.

Fabricaba hacía rato uno de sus quesos en la lechería, dando el último amasijo a la cuajada, cuando sintió pasos. ¡Los de él!... Con la cedulilla en la mano, aguardó palpitante, pero en vez del amado noviecito, apareció doña Catalina en persona.

La cedulilla rodó por entre los dedos de Inés sobre la pasta, que sus manos oprimieron con instintiva precipitación. Por fortuna no la había visto, y en cuanto se fuera...

Pero en vano retardó su obra. La vieja no se movió de allí, y como empezara a regañar por la tardanza, el queso entró en el molde y pasó a la despensa, sin que la infeliz hubiera podido retirar de sus entrañas el secreto de su amor.

Qué dos días aquellos! ¡Con qué ansiedad tentó una y mil veces la puerta de aquella nefasta despensa en pro-

cura de una remota casualidad! ¡Cuántos ingeniosos hurtos concibió! ¡Cuántas promesas hizo a los santos! Pero doña Catalina no candaba nunca en falso, y los santos suelen ser tan ocupados....

Por fin una noche, mientras servía a la mesa, la catástrofe se produjo. El ama trajo, con cierta prosopopeya de mal augurio, un nuevo queso que la señora se dispuso a cortar. (Era esto un capricho de golosa, harto honorífico para Inés, bien se comprende). Un buen queso. ¿Sería ese?... No, no era, porque parecía más viejo; pero sí debía de ser, porque tenía una depresión en el borde....

El cuchillo entró lentamente.... entró.... entró.... Desprendióse la tajada.... ¡Ah, qué satisfacción! ¡No era!

Pero al cortar el segundo bocado, la señora notó algo duro en la pasta, escarbó un poco y el papel maldito apareció.

Tan insólito era aquello, que produjo un solemne silencio. La señora, con una calma fría, más terrible que las amenazas de los profetas, desdoblaba lentamente la cedulilla; y en ese momento la chica, desde el fondo de su anonadamiento, balbuceó al azar, con una voz en que desfallecían sollozos:

—Se me cayó del seno....:

El papel acabó de desenvolverse.

Y ¡oh! cincuenta veces oportuno *Tyrothrix filiformis*, y otras tantas sublime *bacterium lacti*, *bacillus butyrricus*, y cuantos succulentos microbios, acedan, sazonan y maduran esas maravillas del arte caseoso: los ácidos de la fermentación habían decolorado la anilina, y sólo aparecían vagamente, en un matiz rojizo, palabras sueltas, sin significado al parecer:

*Mi i no us  
adorado bien de mi alma,  
en la mesa sca  
llama, con sto rec  
e os e es*

Las cejas de la señora se fruncieron ante tan profanas palabras....

....Pero ¿qué cambio es ese en sus facciones? ¿Por qué mira ahora a Inés con enternecida benevolencia?

Es que acaba de dar con el secreto del involuntario criptógamo y comprende lo temerario de su sospecha.

En efecto; ¿no correspondían exactamente esas palabras a la oración del noveno martes de San Antonio?

«Mi divino Jesús, único y adorado bien de mi alma, que en la mesa eucarística os llamáis, con justo derecho, el pan de los fuertes»....

¡Chica ejemplar! Se pasaba copiando oraciones durante sus asuetos ¡quién lo creyera! ¿Reprenderla? Nunca; pues ¿a qué mayor gloria podía aspirar un queso?

Y desde entonces, bajo la advocación complaciente del beato paduano—mi patrón querido—qué besos, qué locos besos se dieron los chicos al almorzar.

LEOPOLDO LUGONES.

---

## REVISTA POLITICA

**L**A Gobernación de Cundinamarca objetó el Acuerdo número 25 por el cual el Consejo Municipal de Bogotá contrató *ad referendum* con la *American International Corporation*, de Nueva York, la consecución de un empréstito por cinco millones de pesos oro americano, cantidad que se invertiría en las mejoras locales de que dimos cuenta en nuestra entrega anterior.

La atenta lectura del pliego de objeciones nos hace comprender que no fueron especialmente las razones alegadas como de orden constitucional las que obraron con más fuerza en el ánimo del señor Gobernador para objetar el acuerdo y para enfrentarse a la pública opinión, que en su mayoría había manifestado simpatías por el empréstito. En el citado documento encontramos las siguientes palabras, que a nuestro juicio constituyen la clave de la combatida actitud del señor Lago:

Si la Gobernación no juzga aceptables algunas disposiciones de la providencia que se estudia, no quiere decir, pues, que sea opuesta al empréstito, y es preciso dejar la verdad en su lugar: es partidaria de una providencia análoga sobre empréstito, sea que se trate de adquirirlo dentro o fuera del país; pero no lo es de la negociación en ciertos puntos de su desarrollo o de su forma, *porque aparte de que entraña gravísimos inconvenientes que enseña un pasado cercano y doloroso*, tales puntos son inconstitucionales.

¿De qué pasado «cercano y doloroso» habla el señor Gobernador? Todos lo sabemos. Al recordar la afrenta de Panamá, por la cual la nación americana aplaza indefinidamente darnos cumplida satisfacción, el señor Lago juzga que «gravísimos inconvenientes» traería para el país el que el oro americano entrase a circular en nuestro anémico sistema arterial. Tales inconvenientes no pueden referirse al mayor progreso material colombiano y, en el caso de que se trata, al progreso material de Bogotá: ellos se refieren, o creemos que deben referirse, a inconvenientes de trascendental carácter vinculados a los futuros y azarosos destinos de nuestra nacionalidad.

Planteada así la cuestión, surge el siguiente problema, que abarca no los linderos de una urbe sino la extensión de la patria: ¿Debemos aceptar o rechazar el capital americano que se ofrezca a nuestra industria, sólo por ser americano?

Sin entrar a discutir si el capital tiene forzosa nacionalidad, la voz de un muy respetable patriotismo responderá: debe rechazarse. Pero al mismo tiempo la voz que sirve de eco a imperiosas necesidades de la vida moderna, que no excluyen el amor a la patria y antes bien se inspiran en él, responderá con la misma convicción: debe aceptarse. La primera encarna el heroico gesto de Guzmán, que antes que rendir la plaza lanza por sobre los muros de Tarija el cuchillo con que el moro inmolará a su hijo; la segunda se inspira en la dolorosa experiencia de todo pueblo débil, y pobre por lo tanto, fatalmente condenado al despojo y a la conquista.

La doctrina de que debemos rechazar el capital americano, por lo menos de manera oficial, es digna de respeto. Si fuere acertada nuestra presunción de que tal tesis privó en la mente del señor Gobernador cuando objetó la negociación del empréstito, hubiéramos querido que ella hubiese sido expuesta de manera terminante y explícita, como doctrina de gobierno. La franqueza en tal declaración favorecería mejor nuestros intereses en los Estados Unidos que envolviéndola tímidamente, como aparece envuelta, en interpretaciones de la Ley que, de ser sinceras y motivo único de la objeción, debieron tenerse en cuenta y sugerirse al Consejo Municipal en tiempo oportuno: antes y no después de haberse firmado el pacto. Así los Estados Unidos sabrían de una vez para siempre que hallarían cerrado el comercio oficial colombiano hasta tanto que no llegase la satisfacción que se nos niega.

Si aun cuando no declarada oficialmente, fuere aquella la tesis que priva en el Gobierno, debemos fríamente analizar sus consecuencias para el desenvolvimiento patrio. Inútil es insistir en que con nuestros propios recursos apenas alcanzamos a vivir precaria vida, sin que nos sea dado aspirar a realizar obra alguna de progreso. Más que nunca, hoy necesitamos de crédito. Los mercados europeos

ahora y por muchos años han dejado y dejarán quizás de ser productores de capitales para la exportación, en tanto que otras naciones de nuestro continente, a las que no preocupa este problema por hallarse en libertad para recibir el capital americano, se encuentran en situación de realizar rápidamente las obras que demanda su bienestar, su progreso y hasta su misma seguridad exterior.

Debemos confesar que el problema de conciencia que la suerte—por no remover lodo no hablamos de los hombres— planteó a los colombianos desde fecha nefanda, reviste cada nuevo año caracteres más amenazadores. En la esperanza de una solución, podemos por hoy renunciar a ver realizados nuestros sueños de progreso nacional; podemos llevar nuestro heroísmo hasta mirar sin envidia la fecunda prosperidad de nuestras hermanas; pero ley histórica es que al fin los pueblos se fatigan del heroísmo sin brillo, de la renunciación sin recompensa.

Ardientemente deseamos que la actitud del Gobierno en relación con el capital americano no sea sólo un gesto heroico ni representación de una política platónica. La línea de conducta que parece seguir de rechazar ese capital en los precisos momentos en que como nunca antes de ahora el alma colombiana se abre con inusitada vehemencia a ideas de progreso y de adelanto material, debe conducirlo al éxito, es decir, a forzar a los Estados Unidos a ofrecernos una reparación si quiere invertir su oro en nuestros mercados. De lo contrario, grande será su fracaso y mayor su responsabilidad. La política, y más en tratándose de negocios en que prácticamente se juega el porvenir del país, es ciencia experimental: en ella no se computan las buenas intenciones si el resultado no corresponde al fin propuesto. Poco inclinados son los hombres a guardar grata memoria de quien vistió de andrajos su honra. Y raras veces el mendigo pudo darse el lujo de conservar este tesoro.

Algunos piensan que al ofrecernos sus capitales, los Estados Unidos se proponen establecer una especie de protectorado económico sobre nuestro país, y recuerdan que la *American International Corporation* se halla en estrecha conexión con el *National City Bank*, que a su vez se encuentra conectado con el gobierno americano. No lo creemos. Sin hablar de que aquella institución negocia no sólo con Colombia sino con otros países suramericanos, que apetecen capitales y que ofrecen garantías tan saneadas como las que pudiéramos ofrecer, no alcanzamos a ver la manera de realizar tal protectorado. Si el capital se presta al gobierno, debemos suponer, no obstante la elocuente enseñanza que nos suministra más de un capítulo de la guerra europea, que la escuadra americana no se apoderará de nuestros puertos y aduanas mientras el deudor estuviese cumpliendo sus compromisos: aparte de que para llegar a tal resultado los Estados Unidos, en caso de buscar posiciones estratégicas en nuestro territorio, no tendrían necesidad, como la experiencia nos lo enseña, de crear previas cuestiones de dinero para satisfacer su apetito de conquista. El cerebro yanqui gusta de las soluciones simplistas. Si el capital americano se disemina en empresas particulares y funda empresas y fábricas y se pone al servicio del comercio y de la industria, ese capital prosperará paralelo al mayor desarrollo de la industria y el comercio. El factor antipatía no debe contar en materia de negocios entre gentes prácticas: llegada la ocasión, sería el criterio individual el que en definitiva decidiría si aceptaba o no el concurso del capital americano que pudiera ofrecérsele.

Los que temen que se cumpla aquel protectorado, o mejor dicho, aquella influencia económica, deben pensar en que, si tal es el proyecto de los Estados Unidos, y aun cuando sea de exclusión la línea de conducta que observe el Gobierno en relación con el capital americano, lo

que sin duda sería serio obstáculo para la realización de aquel proyecto, dicha influencia habría de cumplirse fatalmente. Si es verdad que el país para sus transacciones particulares, necesita de dinero, habrá de aceptarlo de quien lo tenga; y todo hace creer que los Estados Unidos, ya que Europa, una vez pasada la guerra, requerirá de sus recursos para reconstruirse, serán necesariamente los banqueros de Suramérica. Inútil desconocer el cumplimiento de leyes inexorables. El oro americano o europeo tendrá siempre irresistibles peligros.

Sólo dos clases de hombres pueden conservar su independencia ante la invasión dominadora: el poderoso manipulador de millones y el filósofo que no los desea. Pero Colombia no es Crespo ni tampoco se resigna a ser Diógenes. Ella quiere ocupar también con dignidad su puesto bajo el sol y cumplir su destino de prosperidad, no obstante las circunstancias adversas en que su aparente ventajosa situación geográfica la ha colocado, al igual de sus hermanas del continente.

Y ese destino habrá de cumplirse.

\*  
\* \*

Informan los diarios que una Comisión del Consejo Municipal trató con el señor Gobernador acerca de sus objeciones al proyecto de empréstito, y parecen mostrarse optimistas sobre el resultado final de la negociación. Fácil se nos hace que las partes hayan llegado a un acuerdo en lo referente a los puntos tachados de inconstitucionalidad. Pero ignoramos cómo el Gobernador, cuya opinión dícese ser eco de voz más elevada, pueda obviar los «gravísimos inconvenientes» que a su juicio la negociación entraña y que enseña «un pasado cercano y doloroso».



Si el señor Lago meditó sus palabras antes de escribirlas, y las cuales, lo repetimos, encierran toda una doctrina de gobierno, debemos declarar que el empréstito municipal ha fracasado.

Agosto 26.

LA DIRECCIÓN.

---

## Notas.

### **El nuevo Ministro del Tesoro.**

Con manifestaciones de especial complacencia ha sido recibido el nombramiento del señor don Alfonso Robledo, quien acaba de tomar posesión de su cargo.

Ya la prensa ha dado noticia de algunos de los puntos de vista del señor Robledo, sobre fusión de los Ministerios de Hacienda y Tesoro, limitación de gastos y suspensión definitiva del proyecto de acuñación de monedas de plata. Habiendo figurado esta última medida entre las cuestiones que motivaron la convocatoria del Congreso a sesiones extraordinarias, y mostrándose el nuevo Ministro abiertamente adverso al proyecto, es de suponerse que tal recurso haya sido repudiado por completo, y que se busquen otras orientaciones en materias fiscales.

La ilustración y buen sentido del señor Robledo justifican lo que el público espera de su colaboración en el Gobierno.

## BIBLIOGRAFIA

Damos las gracias por el envío que se nos ha hecho de las siguientes obras:

*La Amazonia Colombiana*, estudio geográfico, histórico y jurídico en defensa del derecho territorial de Colombia, por Demetrio Salamanca T. (1916. Bogotá. Imprenta Nacional). *Archivo Santander*, publicación hecha por una comisión de la Academia de la Historia, bajo la dirección de don Ernesto Restrepo Tirado. Volumen VIII. (MCMXVI. Aguila Negra Editorial. Carrera 7, 406. Bogotá). *Biografías de dos ilustres próceres y mártires de la Independencia y de un campeón de la libertad, amigo de Bolívar y de Colombia*, por Jorge W. Price. (Bogotá. Imprenta de la Cruzada. 1916). *Proyecto de Ley sobre Elecciones populares*, presentado al Senado de la República por la minoría liberal en sus sesiones extraordinarias de 1916. Elaborado por los honorables Senadores don Francisco Montaña y don Luis de Greiff y por el honorable Representante don Antonio José Iregui. (Arboleda & Valencia. Bogotá). *Bodas de plata del señor doctor don Rafael María Carrasquilla, en el Rectorado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Tercera entrega. (Bogotá. Imprenta de San Bernardo. MCMXVI). *Documents Relatifs a la Guerre, 1914-1915. République Francaise*. (MCMXV. Paris. Imprimerie Nationale). *Anales de Instrucción primaria*, julio de 1914 a diciembre de 1915. (Montevideo. Imprenta de *El Siglo Ilustrado*. 1916). *Joaquín de Cayzedo y Cuero, libertador y mártir. Su vida y su época*, por Alberto Carvajal. (Cali. Carvajal & Cia., Editorial. 1916). *Memorial de protesta contra la arbitraria ocupación militar de la República dominicana por tropas de los Estados Unidos de América*. (Santo Domingo. Imprenta del *Listín Diario*. 1916). *Expropiaciones por causa de utilidad pública*, por Alberto Vélez Calvo. (Bogotá. Arboleda & Valencia. 1916). *Iconografía*, por Gaspar Octavio Fernández. (Panamá. Imprenta *Esto y aquello*. 1916). *Ciudadanía*, por Roberto Mora Toscano. (Bogotá. Imprenta San Bernardo. 1916). *Discursos y conferencias*, por J. D. Moscoté. (Panamá. Imprenta *Esto y aquello*. 1916). *Colombianos ilustres*. (Estudios y biografías) publicados por Rafael M. Mesa Ortiz. (Bogotá. Imprenta de *La República*. 1916). *Hondureñismos*, por el doctor don Alberto Membreño. (Méjico. Tipografía Müller. 1916). *Nombres geográficos de la República del Salvador*, estudio etimológico, por el doctor Alberto Membreño. (Méjico. Imprenta de Escalante).